

corazon á ofrecirme esta tan generosa limosna para los pobres. Yo creo deber referiros estas circunstancias para que alabemos á este Padre universal, que nunca nos olvida, para que os alegréis de haber sido escogido instrumento de tan urgente socorro, y para que tengais el consuelo de saber el buen uso que voy á hacer de vuestra generosidad. Yo levanté el corazon á Dios, dándole gracias de su inspiracion, y me propuse para toda mi vida no solo aprovechar estas felices ocasiones, sino buscarlas.

Tambien tuve otra agradable satisfaccion; porque cuando el buen cura nos contaba el estado de aquella triste familia, observé que mis hijos le escuchaban con interes, y que las lágrimas se les asomaron á los ojos. Tambien ví la complacencia de su corazon, viendo los medios que habia presentado de remediarla, tuve mucho gusto en reconocer en ellos disposiciones tan felices, y me dije á mí mismo: Hijos queridos, si el cielo os ha hecho el don inestimable de un corazon sensible, yo le procuraré cultivar. Me ocurrió pedir al cura nos llevase á la casa de los infelices, para hacerlos testigos de aquella miseria; pero me pareció demasiado presto, pues yo acababa de llegar, y este paso podria tener el aire de afectacion. Me reservé pues para tiempo venidero, en que podria hacerlo con mas oportunidad.

Vuelto á mi casa, traté de arreglar las horas y las ocupaciones de todos. Yo debia levantarme muy temprano y el primero de todos, á fin de reservar la primera hora del dia para adorar á Dios, y darle gracias de la vida que me conservaba. Mis hijos debian levantarse despues, y darlas conmigo y con su ayo; todos debiamos ir juntos á la iglesia á oír misa, y á la vuelta desayunarnos. El ayo debia darles leccion en mi presencia, para que yo pudiera tomar parte en ella, si me parecia conveniente; y tanto en este tiempo como en el que la repasaban, yo queria estar á su vista, y aprovecharlo en mis propios negocios; y en efecto, querido Teodoro, este es el tiempo de que me he valido y me valgo para escribirte.

Cuando mis hijos me parecen fatigados, los envío á correr por el jardin, y tengo el cuidado de interrumpir sus ejercicios, así para que no se fastidien, como para que hagan en él mucho ejercicio, que es tan necesario en su edad. Por esto despues de comer salimos al campo á tomar el aire puro: yo los exhorto á correr y jugar, con lo que no solo se divierten, sino que adquieren fuerzas, y fortifican su temperamento. Al ponerse el sol volvemos á casa á dar la segunda leccion, y yo continúo mis ocupaciones ordinarias.

A las siete con corta diferencia se junta toda la familia. Se hace una lectura espiritual en comun, se reza el rosario de la Virgen, y tam-

bien las oraciones de la noche. Despues de esto se cena. Mis hijos van á acostarse: yo me quedo para dar las órdenes que me parecen necesarias hasta que llega la hora de recogerme. Ve aquí el orden que quise establecer en mi familia, mientras lo permitan las circunstancias; y para que se siguiese con fidelidad, tomé las medidas convenientes.

Mandé que mis hijos habitasen en un cuarto inmediato, y donde no se podía entrar sino por el mio. Hasta allí el ayo habia tenido su lecho en el mismo cuarto que mis hijos; pero yo le dije, que pues me hallaba allí, debia dispensarle de esta pena, porque el cielo y la naturaleza me habian destinado para custodia de mis hijos. Reglé las horas de las comidas, y las comidas mismas, reduciéndolas á lo suficiente, simple y sano; desterré todo fausto y ostentación; en fin, dispuse todo lo que creí mas oportuno para el régimen de una vida arreglada y cristiana.

Mis criados estaban atónitos, y yo mismo leia en sus ojos la extrañeza y el espanto que les causaba una mudanza de conducta tan entera. No sabian á qué atribuirlo, porque todos ignoraban mi retiro y residencia en la santa casa. Simon me habia guardado el secreto con fidelidad. Pero el que estaba mas sorprendido, y el que podía disimularlo ménos era el ayo. Acostumbra á mis discursos ligeros, á mis costumbres re-

lajadas, y á ver todas mis pasiones en movimiento, no podia entender cómo tan de repente me escuchaba discursos cuerdos y medidos, me veia acciones justas y compasadas, y en fin, pensar seriamente en establecimientos tan contrarios á mis procederes antiguos; pero ni él ni los demas se atrevian á decirme nada. Obedecian sin réplica lo que yo mandaba; pero no sabian esconder su asombro.

En cuanto á mí, yo tampoco me atrevia á mas. Me parecia que un infeliz como yo, que apenas salia de la inmundicia de una vida aboninable, y que los perversos ejemplos estaban todavia tan recientes, no debia permitirse el título ni los derechos de predicador; que no era lícito tomar el tono y el carácter de apóstol al que apenas estaba convertido. Creí pues que no debia predicar sino con el ejemplo; que no eran mis discursos, sino mi conducta la que debia persuadir, sin dejar la determinacion de separar de mi familia todos aquellos á quienes un ejemplo largo y sostenido no pudiera convertir.

Una de estas tardes salimos á recorrer una parte de las tierras y propiedades que me dejaron mis padres en las inmediaciones. Y esta fué la primera vez que reflexioné, que aquellos pobres y honrados labradores, que habia visto hasta allí con tanto desden, son los que nos mantienen á costa de su propio sudor; que siendo mas útiles

que los ociosos, que ellos mismos alimentan con sus afanes, son tambien mas dignos de estimacion por la inocencia de sus costumbres, y porque por lo comun estan mas exentos de sus vicios.

Explicame, Teodoro, ¿cómo ó por qué milagro, yo que estaba lleno de ilusiones y errores, yo que me habia pervertido tanto con las falaces máximas del mundo, yo que con tan intrépida osadia me habia forjado un sistema de moral cómodo, y defendia con tenacidad y presuncion las mas absurdas y temerarias paradojas; cómo, digo, en tan breve tiempo he mudado tanto todas mis opiniones?

Explicame ¿quién me ha quitado este velo tupidado que me cubria las potencias del alma? ¿Quién ha purificado el aire infecto que corrompia mi débil corazon? ¿Quién ha de ser, Teodoro mio, sino la luz del Evangelio? Ella me hace mirar las cosas no como parecen, no como el mundo las estima, sino como son en sí, y como las estima Dios. Ella me ha arrancado de las manos la balanza engañosa de que se sirven las pasiones para pesar los bienes y los males de la tierra, y me ha dado la balanza del santuario.

Ahora voy recorriendo y visitando las muchas tierras y posesiones que tengo en este vecindario; y aunque poco entendido en su administracion, por el desden con que siempre he visto estos objetos, me ha parecido que con algun cuidado y

atencion pueden mejorarse mucho. Como ya los hombres simples, los de corazon sano, los pobres, sobre todo si son aplicados, son para mí objetos de veneracion, hablo con los paisanos mis arrendadores, ó con los que dirigen y cultivan mis tierras, con dulzura y cortesía; y no solo les hablo de mis propios negocios, sino de los suyos. Me informo de sus familias, de las personas que las componen; les manifiesto interes y deseo de su prosperidad y disposiciones para contribuir en cuanto pueda á su bienestar.

Pero debo decirte para oprobio y vergüenza de nuestro siglo, que estas gentes sencillas estan asombradas de verme hablar con ellas con tanta aficion y humanidad. A cada instante me repiten que soy un señor muy bueno; y no es esta una expresion de cortesía ó de humildad, pues veo en sus ojos que es un sentimiento vivo que nace de la sorpresa y de la novedad: tan comun es el injusto desprecio con que los tratan las personas distinguidas, y tantas las humillaciones que experimentan de la insoportable dureza de los ricos.

Mientras yo arreglaba mi casa, y cuando ya me parecia que el interior iba bien, y que era tiempo de poner en planta otras ideas, observaba con pena, que Simon desde el momento que me halló en la casa santa, habia mudado conmigo de estilo y de conducta. Antes estaba acostumbra-

do á hablarme con aquella familiaridad y licencia á que da lugar, á pesar de la desigualdad de las personas, la igualdad de los excesos. Y aunque era justo se corrigiese entre nosotros la confianza del vicio, yo hubiera querido se mantuviese la de las personas; porque esta me parecia conveniente para los proyectos que yo tenia de su conversion.

Pero á pesar de mis esfuerzos no lo podia conseguir. Simon, desde que me descubrió en mi retiro, me veia con cierto ceño y embarazo. Léjos de permitirse la antigua libertad, apénas respondia á lo que le preguntaba. Me obedecia sin replicar, y conservaba siempre un semblante obscuro y taciturno. Creí que el nuevo género de mi vida le desagradaba, y que previendo la tristeza y retiró en que yo me proponia vivir, estaba descontento.

Este pensamiento me affligió mucho, porque estaba determinado, si mi ejemplo no le mudaba, á alejarle de mí. Sus largos servicios, y el mucho amor que le tenia, no hubieran bastado para dejarle en mi casa. No era posible tener en mi familia y con mis hijos á un hombre envejecido en el desórden, y que si resistia á la fuerza de mis ejemplos, no podia darlos mas que malos; pero me costaba mucha pena no persuadir á un hombre que yo habia corrompido tanto, y verme en la necesidad de separarme de él para siempre.

Una mañana, miéntras el ayo daba su leccion á mis hijos, y que yo me ocupaba en escribirte, Simon se llega á mí, y me dice con voz baja, que tiene que hablarme: yo me voy con él á un cuarto donde nadie podia oirnos, y empezó entre nosotros el diálogo siguiente.

Me parece, señor, me dijo Simon, que ya vuestra casa está arreglada, y que por ahora ya no tenéis necesidad de mí.—,Yo tengo siempre necesidad de un amigo que amo. ¿Pero qué es lo que quieres?—Yo quisiera hacer un viaje.—,¿Viaje? Jamas nos hemos separado.—,¿Jamas nos hemos separado? ¿cómo si no hubiérais estado mas de un mes sin que yo supiera dónde? ¿cómo si no hubiérais ido al convento sin mí?—,Aquel fué un accidente impensado, que yo no pude prevenir. ¿Pero qué; ¿te disgusta la novedad de mi vida, y no te puedes acomodar con ella? ¿Y adónde pretendes ir?— Al convento. ¿Al convento? ¿y á qué?—A salvarme; ¿queréis salvaros solo? ¿No será justo que cuando yo he sido el compañero de vuestra mala vida, lo sea tambien de vuestra penitencia?—,¿Qué me dices, Simon querido; ¿Dios te ha tocado tambien el corazon?—

Si señor, me respondió Simon anegado en llanto, y poniéndose de rodillas me añadió: Yo no os pido otra cosa sino que me deis licencia para pasar allí algunos dias, y que me deis una carta pa-

ra aquel buen padre, que haga conmigo lo mismo que ha hecho con vos.

Yo quedé tan agradablemente sorprendido, y mi corazón sintió tan viva conmoción, que también el llanto me salió á los ojos, y sin saber lo que hacia, me puse de rodillas exclamando: ¡Dios de misericordias infinitas, por cuántos modos me muestras tu bondad! Fué menester algún tiempo para que uno y otro pudiésemos sosegar la agitación de nuestras almas. Cuando me sentí algún tanto recobrado, le hice sentar junto á mí, y le dije: Explicame bien, querido Simon, ¿cuáles son tus ideas, tus intenciones, y cuándo ó cómo Dios te ha alumbrado con su divina luz? Simon me respondió:

Señor, desde que logré hallaros en aquel convento despues de tantas y tan varias solicitudes, sentí que el corazón me dió un vuelco. Apenas entré y ví aquellos largos y silenciosos claustros, al punto me llené de estupor. Me pareció que respiraba un aire muy diferente del de fuera, y que habia en aquel recinto alguna cosa que me inspiraba respeto y temor. Esta impresión se aumentó mucho, cuando entré y os ví en aquella pobre y desnuda celda, en que me pareció que estábais tranquilo y contento.

Vuestra figura me pareció también diferente: yo os encontré con un semblante serio y circunspeto, que no os era familiar, y que me inmutó

mucho. La viveza natural de vuestro carácter se me figuró transformada en moderación y cordura. Vuestras palabras lentas y sosegadas, dichas con peso y circunspección, me asombraron. En fin, yo ví otro del que siempre os habia visto, y no podia comprender tanta mudanza en tan poco tiempo; pero cuando ví aquel padre venerable con un aspecto que infundia devoción, cuando le oí aquellas dulces palabras que salian de sus labios, me pareció ver y oír un ángel del cielo, y me dije á mí mismo: Este es otro mundo del que yo conozco, y parece que aquí son mejores las gentes que por allá.

Desde entónces yo hubiera querido no salir de aquella casa, y acompañaros; pero viendo que me dábais órdenes, me pareció que debia empezar por cumplirlas. Desde aquel instante no se han separado estas ideas de mi corazón. Los viajes que hice despues las han fortificado mucho, sobre todo el último día en que tuve el tiempo y la ocasión de observar bien aquellos benditos padres: todo lo que ví, tanto en el coro y demas oficios, como en el jardín, me ha hecho conocer que los que estamos en el mundo, vamos errados; que los que se abandonan á sus gustos, son locos; y los que viven sin temor de Dios, son ciegos é insensatos.

Sí, señor, aquellas buenas almas lo entienden mejor. Allí son mas felices que nosotros, y des-

pues tendrán la gloria. Yo soy un pobre ignorante; pero todos los días doy gracias á Dios de que os haya llevado allá, y le pido que me lleve á mí. No me he atrevido hasta ahora á pedir licencia, porque ví que era menester servirlos, hasta que pudiérais dejar corriente el establecimiento de esta vuestra casa; y pues ya lo está, permítidme que vaya al convento, y que os imite en lo bueno, como os imité en lo malo.

„Si tú supieras, querido Simon, le respondí yo echándole los brazos al cuello; si tú supieras la enorme losa que me quitas del corazón, los motivos que me ofreces de dar gracias á Dios, y cuán dulce es para mí saber que ya puedo y estoy seguro de vivir siempre contigo en la mas estrecha é inalterable union, pudieras conocer lo feliz que me haces. Mira, Simon, yo habia interpretado mal tu triste severidad conmigo. La habia atribuido á tu disgusto de verme mudar de sentimientos, y á tu poca disposicion de imitarlos. Esto me affigia mucho, porque me obligaba á la triste necesidad de separarme de tí; pues no es posible que yo deje cerca de mis hijos cosa alguna que no los edifique.”

„Yo te he juzgado mal, querido Simon; tus sentimientos eran muy diferentes, y Dios me da en ellos el consuelo de que no nos separémos nunca. Sí, Simon mio, desde ahora te miro como mi mejor amigo. Antes lo éramos; pero ami-

gos funestos y fatales, que todos los días nos dábamos uno á otro la peor de las muertes. Antes nos empujábamos mutuamente al precipicio en el camino de la perdicion, y ahora nos ayudémos en el de la felicidad.”

„Ningun motivo humano es capaz de obligarme á detenerte un instante en resolucion tan santa. Yo debo darte sin cesar buenos ejemplos, para reparar en parte los grandes males que te he causado; y debo rogarte mucho que me perdones haber sido el motivo infeliz de que por complacerme hayas faltado tanto á Dios. Espero que me lo perdones, y que pedirás á Dios por mí, como yo le pediré por tí, Simon, parte cuando quieras; ántes hoy que mañana. Ese ángel del cielo que me ha curado de mi ceguedad, te curará de la tuya. Ponte en sus manos, y vuelve cuanto ántes á gozar en nuestros brazos y compañía de la dulce union cristiana que formaremos entre nosotros.” Simon me pidió que le diese una carta para el padre; yo se la dí, y partió al día siguiente.

Simon me hace mucha falta en mi actual situacion; pues aunque me hallo rodeado de una familia numerosa, estoy solo, á causa de que ninguno de los que me cercan puede servir á mis designios; todos son los compañeros de mi mala vida, y ya pago la pena de los malos que alejan de sí todos los buenos, y cuando una nueva luz los

desengaña, no tienen á quien volver los ojos. Ya puedes considerar que siendo los que están aquí conmigo los mismos que me servían en mis desórdenes, no pueden ayudarme en cosas útiles, porque ocupados conmigo sólo en vicios y placeres, han hecho lo que yo, que es no aprender nada.

Yo los pruebo ahora, y les doy tiempo para ver si quieren mejorar de costumbres y empezar una vida cristiana; pero me parece que algunos todavía están léjos, y temo que me veré obligado á despedirlos. Lo que mas me aflige es conocer mi propia insuficiencia, que no soy capaz por mí de exhortarlos, ni de dirigirlos; tengo bastante luz para ver toda la extension de mis deudas, y no la tengo para proporcionar las pagas. Dos hijos que criar, una casa que dirigir, muchas tierras que administrar, grandes riquezas que distribuir; todo esto es un peso enorme para mí, que no sé ni me he aplicado á nada. Siento la necesidad de tener á mi lado una persona inteligente y cristiana que quiera asociarse á mis trabajos; ¿pero dónde la encontraré?

No será en este lugar, donde no es regular que las haya, aunque todavía no le conozco bien. Sin duda que las habrá en esa populosa capital que habitais; pero yo no las conozco ni puedo conocerlas. Los buenos huyen de los malos, y los malos no los buscan. Después de haber vivido

en ella muchos años, y consumido tesoros en fiestas, convites y sociedades, me hallo solo, aislado, y sin conocer á quien dirigirme, que esté en estado de buscarme sujetos de virtud y probidad. Tú mismo, Teodoro mio, estuvieras muy embrazado si me dirigiera á tí para este encargo, sobre todo si te pidiera que me buscaras un ayo instruido y virtuoso para mis hijos, que es lo que en el día necesito mas.

Felix tiene diez años cumplidos, y Paulino se acerca á los nueve. Esta es precisamente la edad en que mas necesitan de un guia atento que los instruya, de un mentor cristiano que les inculque las verdades de la Religion y los principios de la moral que debe dirigir su corazon al amor y á la práctica de las virtudes. Las impresiones que se reciben en esta edad, son las mas tenaces, las que mas influyen en el discurso de la vida. Temo haberles hecho perder dos años enteros; este es el tiempo que ha pasado despues que les faltó su virtuosa madre. Y quiera el cielo que no les haya dado funestas impresiones este preceptor filósofo.

Esta memoria me amarga mucho. Yo no imaginaba cuando ahora dos años ví con tanta indiferencia la muerte de mi buena muger, que presto lloraria su falta, y conoceria muy tarde el bien que habia perdido: tan ciego estaba entonces, que no supe distinguir el resplandor de sus

altas virtudes: ahora es cuando la reflexion me las hace conocer. ¡Qué consuelo hubiera sido para ella verme volver á entrar en los caminos de la Religion y de la virtud! ¡Qué dulzura fuera para mí pedirla perdon de mis iniquidades, y poder repararlas con el arrepentimiento y el amor!

Esta santa muger que sufría con tan heroica paciencia mis agravios, y disimulaba con tanta discrecion mis injusticias, no pensaba en su modesto retiro mas que en la educacion de sus hijos. Ella era la que los instruía en sus primeros años. Ella les enseñó á leer y escribir, y sobre todo los primeros elementos de la Religion. Parece que no los han olvidado, pues el otro dia examinándolos por el catecismo, no han dejado de repetirlos bien, y con una inteligencia superior á sus cortos años; pero no creo que despues de dos años hayan aprendido nada. Es verosímil que el nuevo ayo no se haya dignado de pensar en esto, y que si se ha aplicado á instruirlos en algo, no sea mas que en fábulas y en cosas profanas. Digo esto, porque el otro dia estaba muy satisfecho, porque les hizo repetir delante de mí una relacion de comedia. Yo sufría, pero disimulaba, porque veía inútil toda reconvenccion, y que este mal no se puede curar sino con remedios radicales.

Te añadiré, Teodoro, un rasgo de su conducta, que te lo hará conocer mejor. Yo no he

mandado positivamente á ninguno que venga á los ejercicios de la noche. Me parece que mi conducta precedente, todavía tan fresca, me quita todo derecho de mandarlo con autoridad; pero he dicho que podian venir los que quisieran, y aplaudo y acaricio á los que vienen. Con esto han venido los mas; este filósofo no ha venido nunca, y tiene el atrevido valor de dejarnos solos. Esta falta de pudor me dió idea de su carácter, y me determiné á separarle de mis hijos. Ya le despedí; y así me he quedado solo, y yo no soy capaz de tan difícil encargo.

Ya ves, pues, que me es indispensable buscar alguna persona en que pueda fiarme, para que se dedique á la educacion de mis hijos; y ya ves tambien que no es fácil encontrarla con las calidades que exige una confianza tan elevada. No hay sacrificio que yo no hiciera en favor de un hombre, en cuya virtud y talentos pudiera reposar, porque conozco toda la importancia; pero ¿dónde le encontraré? Los sujetos de esta especie son raros, y cuando pudiera hallarse alguno, ¿cómo puedo esperar que un hombre de mérito quiera encargarse de la educacion de unos niños, cuyo padre por su mala reputacion lo ha de rechazar? En este conflicto me ha ocurrido una idea que voy á proponerte, y su logro me haría muy feliz.

Ya te acuerdas de Mariano, aquel pobre pa-



riente mio, á quien á pesar de nuestro parentesco y relaciones nosotros veiamos poco, porque sus costumbres no se parecian á las nuestras, y porque nuestra relajacion no se acomodaba con su virtud. A pesar de nuestra disonancia en el modo de pensar, siempre me ha tratado con cariño, ó para decirlo con mas propiedad, siempre me ha visto con lástima. ¡Cuántas veces me solia decir: Todavía no ha llegado el momento de la misericordia; pero llegará!... Y ¡cuántas me han acordado mis remordimientos el desprecio que hice de sus exhortaciones, como se lo he referido á mi director, cuando le he pintado su virtud! Ya sabes tambien que en los tiempos de nuestra educacion él era el que por su conducta y talentos se distinguia mas entre nosotros. Tampoco ignoras que es hijo tercero ó cuarto de un padre poco acomodado, que quedó con pocos bienes de fortuna, y que si vive independiente y contento, es únicamente por la sobriedad de su vida, y por la moderacion de su espíritu.

Me parece, Teodoro, que el cielo no me podia hacer mayor presente. Si fuera posible que Mariano se resolviera á venir aquí á vivir conmigo, y encargarse de la educacion de mis hijos, nada pudiera contribuir mas á mi felicidad. Mis hijos tuvieran un ángel tutelar que los encaminara al cielo: yo un amigo esclarecido que me ayudara en mis buenos pensamientos, que me

sostuviera en la virtud y me dirigiera con sus buenos consejos. ¡Pero cómo esperar que un hombre tan justo, tan virtuoso, que me conoce tanto, y que ha sido testigo tan inmediato de mi deplorable conducta, quiera vivir conmigo, pues mejor que nadie sabe cuán digno soy de desprecio? ¡Cómo he de pensar que se digne de asociarse á una familia que yo presido, ni criar hijos de tan mal padre? ¡Cómo podrá perdonarme mis escándalos públicos? ¡No se creeria deshonrado si habitara en la misma casa que yo?

Con todo, Teodoro, tengo tan alta idea de su humildad y su virtud, que no desespero de que la caridad le obligue á tanto sacrificio, y ve aquí el pensamiento que me ocurre. Hazme el gusto de remitirle todas las cartas que te he escrito, para que las lea sucesivamente, que dé gracias á Dios por mí, que vea que este momento que esperaba de la bondad divina, ya ha venido, y que si quiere puede ser el instrumento con que el cielo acabe de cumplir y perfeccionar su obra. Que lea pues, todo lo que te he escrito, y que llegando á este punto, halle y lea lo que escribo para él.

Querido y respetado Mariano: Levanta á Dios tu puro corazon, consulta su voluntad y su gloria; y si su bondad te lo inspira, corre al socorro de un amigo que necesita de tu amistad. Ya tengo buenas resoluciones; ven á sostenerlas: ya

amo la virtud y la busco; ven á enseñármela: ya tengo pensamientos cristianos, y deseos de hacer todo el bien que pueda; ven á ayudarme.

Sobre todo, ven á recibir mis dos hijos, que tomaré entre mis brazos para ponerlos en los tuyos. Recíbelos en nombre de Dios que te destina para criarlos en su temor y formarlos para su gloria: recíbelos en nombre de la amistad que te implora, y que los fia á tu discrecion y vigilancia. Yo te cederé todos los derechos de padre: trae contigo algun criado de tu confianza, que bajo de tus órdenes pueda cuidarlos y servirlos. Yo estoy resuelto á separar de mí todos los que me han servido en el tiempo de mi depravacion, si la mudanza de mis costumbres no basta á mejorar las suyas.

Si conoces personas virtuosas que puedan reemplazarlos, no las pierdas de vista, y tenlas preparadas para cuando vengas aquí, para que con conocimiento de las cosas las puedas hacer venir: tú dispondrás de todo, tú lo arreglarás todo, como tu religion y conciencia te lo inspiren. Yo te espero como al hombre que Dios me señala para amigo, maestro y compañero en sus caminos; y le pidió que á tantas misericordias que me ha hecho, añada la de mover tu corazon, y determinarle por su amor á tanto sacrificio.

Que ese Dios de bondad que me da tantas señales de proteccion, te inspire, que con las alas

de su Espíritu Divino vuelés á este retiro, que deseo consagrar al ejercicio de todas las virtudes, y haga que yo te vea presto entrar por mis puertas, y que mi corazon pueda arrojarse entre tus brazos. A Dios, Mariano querido, á Dios hasta el dichoso momento en que Dios nos una para no volver á separarnos.

Y tú Teodoro mio, sírveme de intercesor con Mariano. Haz por estar con él, y persuádele, que no resista á mis instancias. Díle que esta es una obra del cielo, que venga á socorrer una familia descarriada, que ha conocido sus errores, para que no se vuelva á descaminar; á una familia que desea gobernarse por su direccion y sus ejemplos.

Ya te acordarás, que al principio de nuestra correspondencia te dije que no me respondieras hasta que yo te avisara, porque queria que no me dijeras nada hasta que supieras toda mi historia, y que estuvieras enteramente instruido. Ya lo estás, Teodoro mio. Ya sabes todo mi suceso asombroso. Ya no te hablo de cosas pasadas, sí solo de los momentos presentes. Respóndeme, pues, y dignese el cielo de mover tu corazon bueno, generoso y noble, pero iluso y engañado como el mio. Por otra parte, me importa mucho saber la resolucion de Mariano para tomar partido.

Lo que tambien me aflige en mi situacion ac-

tual es, hallarme lejos de la santa casa en que he renacido, y no poder ir á ella con la frecuencia que quisiera. Me seria muy dulce poder ir todos los dias; pero será preciso contentarme con ir á pasar un dia cada mes en tan agradable compañía. Me han informado de que á ménos de una legua de aquí hay cierta especie de solitarios que viven juntos con mucha edificacion. Yo quisiera hallar entre ellos una semejanza con los otros que me pudiera suplir su falta, y llenar los momentos que me dejen libres mis ocupaciones. Mañana iré á verlos, pues que su proximidad me lo facilita. A Dios, Teodoro mio.

### CARTA XXXII.

#### EL FILÓSOFO A TEODORO.

**E**N mi última te dije, Teodoro querido, que deseaba ir á ver cierta especie de anacoretas ó solitarios que vivian con edificacion cerca de este lugar; y en efecto, al dia siguiente despues de haber comido, salí con mis hijos al paseo, los dejé al cargo de un criado, y me encaminé sólo al

sitio de su habitacion. Iba meditando las lecciones de mi santo director, que son las delicias de mi alma, y las medito cada dia con una impresion mas viva, porque cada dia descubro en ellas nuevas luces, que ennoblecen mas á mis ojos las ideas de la Religion.

En fin, cuando estuve cerca del lugar indicado, ví una mediana aldea. Pregunté á un hombre dónde vivian los santos solitarios, y me mostró una habitacion, que me pareció muy humilde. Me dirigí á ella, y sin encontrar nadie que me estorbase el paso, me hallé en una especie de huerta con alguna espesura de árboles. Dí algunos pasos, esperando que pareciese alguno para hablarle, y vagando por un lado y otro, divisé una capilla.

Me llevo mas cerca, y veo arrodillado en ella un hombre vestido con un saco: tenia en las manos un crucifijo, cuyos piés acercaba con frecuencia á sus labios, y parecia tener en él fijos los ojos con la expresion del afecto mas compungido. No dudé que fuese alguno de los anacoretas. El respeto y la curiosidad me excitaron el deseo de verle mas de cerca, y observando que un poco mas arriba habia un entretejido de árboles, en cuya espesura me podia esconder, me dirigí á ella con mucha precaucion para no ser sentido. Mi deseo era observarlo sin distraerlo.